

recen arrastrar con ellos el asfixiante calor del desierto.

Aquella mañana tuvo á la niña sin salir de su cuarto, y como la encontrase un poco pálida, creyó conveniente enviarla á pasear hasta la nueva casa en la berlina y acompañada de las dos sirvientas, que echarían la última ojeada á la mudanza; no pensó en que pudiese tener la niña algún mal encuentro. Sin embargo, juzgó prudente manifestar á Anita su disgusto por la conversación de la otra noche en la reunión, y añadió:

—Tengo mis razones para que no permita usted que esas señoras hablen con Adela...

—La señora será obedecida—dijo la criada haciendo un mohín de perrillo castigado. Una nueva falta tenía que confesar á la señora aquella buena mujer, y por ello sintióse muy apenada, y dijo: No sé... si la señora se enfadará... Pero como yo no sabía... y esas señoras tienen tan buena apariencia; pues... nada... que no sé si habré hecho mal diciendo á la criada de esas señoras que nos vamos mañana...»

Aunque aquella inocente indiscreción le fué, en efecto, muy desagradable, puesto que podía llegar la noticia á oídos de Francisco, trató Paulina de calmar la inquietud de su fiel doméstica, en gracia de su nunca desmentida lealtad. Se reprochó no haber dado á Anita aquella orden precisa desde el primer momento.

Cuando se trata de revelar los más dolorosos misterios de la vida, preciso es un gran esfuerzo para vencer el escrúpulo que su revelación produce, y sólo se descubren en el último extremo; este último extre-

mo se había presentado desde que recibió Paulina la carta de Francisco. Por lo menos estaba tranquila en lo tocante á la salida de su hija acompañada de las dos mujeres. Sabía bien que su deseo sería realizado, y que dentro de una hora estaría la niña de vuelta, después de haber tomado el aire por el hermoso jardín que rodeaba la *villa*. En aquella hora en que se quedó sola se dedicó á ultimar algunos pequeños detalles personales de la próxima traslación.

Empaquetando cuadros, rompiendo facturas y arrojando papeles al fuego, perdió la noción del tiempo, cuando le pareció oír que llamaban en la puerta de la sala y que después la puerta se abrió volviendo á cerrarse. Pensó que acaso sería algún criado que llevase alguna carta ó algún paquete; desde su cuarto preguntó quién estaba allí, y como nadie le respondió, cruzó por su mente una idea absurda: que Nayrac, no obteniendo respuesta á su carta, y habiendo sabido que ella dejaba el hotel, y habiendo visto salir á la niña con las criadas, quería aprovechar la ocasión de hablarla sola para obligarla á darle una explicación.

Peró no; semejante audacia no era propia de un hombre bien educado como Nayrac. Ante su extraño temor se encogió de hombros, como rechazando tan loca quimera.

De nuevo preguntó:

—¿Quién está ahí?... ¡Nadie!—respondió.

Entonces pensó que algún vecino del hotel se había equivocado de cuarto, como sucede con frecuencia, y que advertido de su error cerró en seguida la puerta. De todos modos quiso cerciorarse y pasó á

la sala... ¡Francisco Nayrac se hallaba frente á ella!...

Sí; estaba allí, de pie, con la mano apoyada sobre la mesa en que la niña había puesto los regalos recibidos tres días antes. Si Paulina hubiese conservado un poco de presencia de ánimo en tal situación, en un detalle tan vulgar como significativo, hubiera encontrado la prueba de que la determinación de Francisco de ir á verla había sido extrema, rápida. Nayrac subía al cuarto de Paulina sin sombrero. Era evidente que había sabido la próxima partida de Paulina, que había visto á la niña salir con las dos criadas, y que, seguro de hallarla sola, venía, no á amenazarla como ella temía, sino para tener con ella una entrevista de fácil diplomacia. Su semblante descolorido, su mirada triste, sus labios trémulos, todo en él indicaba que nada quería, que nada proyectaba. Un impulso irresistible le hizo adoptar el único medio de obtener, de arrancar á Paulina... ¿qué? ¿Una confesión, una promesa, una esperanza? El mismo lo ignoraba. En ciertos momentos en que el espíritu se siente devorado por intensa fiebre, estallaría un fenómeno físico si no siguiese la acción á la idea que frenética nos atenaza. A tal crisis habíale conducido su cariño de padre, revelado súbitamente en aquel peregrino encuentro con la niña.

Pero, aquella pasión asoladora, aquella solitaria y silenciosa agonía de un alma fieramente desgarrada entre las halagüeñas esperanzas de un porvenir dichoso y la aparición de un sagrado deber desconocido hasta entonces; todos los episodios de aquella tragedia silenciosa en lo profundo del alma de Nayrac, no podían ser adivinados ni comprendidos por Pau-

lina tratándose de aquel hombre; sólo vió en el proceder de Francisco un violento atropello de su libertad, una profanación de su hogar.

He aquí por qué, con acento de concentrada ira, le dijo:

—Salga usted de aquí inmediatamente... ó llamaré... Estoy en mi casa y no quiero recibirle... salga usted...

Francisco tembló ante tan formidable actitud, como si hubiese despertado de un acceso de sonambulismo que allí le condujera, y volviese á la realidad. Tuvo que agarrarse á la mesa en que se apoyaba para no caer. Continuó callado y sin moverse.

Con creciente energía repitió Paulina:

—¡Salga usted!

Fija en él su terrible mirada y con el brazo extendido, dirigióse resueltamente hacia el ángulo en que se hallaba el botón eléctrico. Unos instantes más y hubiese llamado; pero él no la dió tiempo, y con actitud brusca y suplicante á la vez, la cogió por el brazo para detenerla:

—No; no llamaré usted—dijo;—no me impedirá usted que hable. ¿Qué teme usted?... Debe usted comprender que no traigo ideas de venganza... cinco minutos, nada más, cinco minutos, y después me iré... pero no sin que hayamos hablado... Es verdad... yo no tengo derecho á forzar esa puerta... Puede usted marcharse... pero antes necesito una respuesta á mi carta. Es preciso que usted me escuche. . No añada usted este nuevo dolor á los muchos que usted me ha causado... no me niegue usted esta entrevista... me la debe usted, aunque no sea más que para

que yo le perdone á usted su proceder conmigo...

Paulina pudo desasirse de Francisco y retrocedió como si aquel contacto le causase doloroso y profundo horror. Después quedóse inmóvil, sin tratar de poner fin á las palabras de su antiguo amante. Se dejó llevar del primer impulso cuando quiso llamar. Sin duda hubiérale obligado á salir de allí bien gritando ó bien retirándose á la otra habitación, cuya puerta permanecía abierta tras ella. Pero Francisco no suplicaba; Francisco renovaba con sus últimas frases las crueles heridas de la mujer ultrajada. Habíase atribuído el papel de víctima siendo verdugo, ¡él era el culpable y pretendía ser su juez!

—¡No me traen ideas de venganza!...—había dicho.—¡El mal que usted me ha hecho... mi perdón!... ¡Qué osadía pronunciar tales palabras!

Al oírlas sintió Paulina que palpataba en su alma una protesta tremenda ante tan vil calumnia. Aquello sublevó su espíritu, no pudo vencerlo, y á despecho de todo dijo:

—¿Cómo tiene usted valor para decirme todo eso?... ¿Su perdón?... Nada, nada existe ya entre nosotros; nada tenemos que decirnos. Cuando un hombre se porta con una mujer como usted se ha portado conmigo, nada común puede haber entre ellos. Si merecí aquellos ultrajes fui una mujer miserable, y nada tiene usted que ver conmigo; si no los merecí, el miserable es usted; nada quiero con usted. ¡Así, pues, salga usted! ¡Le ordeno á usted que se vaya!...

A medida que hablaba iba reanimándose su semblante ligeramente coloreado. Brillaban sus ojos con extraño fulgor. Un momento creyó Francisco tener

delante á la Paulina Raffraye de otro tiempo, con su fiero orgullo. También él sintió una oleada de ira que le inundaba el alma de terrible amargura; hallábase á punto de expresar su cólera en palabras atroces; pero de repente pensó en la niña, y dominándose pudo decir:

—Perdóneme usted si en algo la he ofendido. Dios es testigo de que no he venido aquí á resucitar lo que para los dos debe permanecer muerto. Lo que dije á usted en mi carta, ahora se lo repito. No vengo á hablar ni de usted, ni de mí, sino de otra persona... Después, casi en voz baja, añadió: de Adela, de nuestra hija...

No tuvo tiempo de concluir la frase. Un grito de Paulina le interrumpió. Adelantóse hacia él con ademán tan hostil que Francisco retrocedió.

—Calle usted—le dijo;—no pronuncie usted ese nombre. Yo se lo prohibo. Esa niña es hija mía, sólo mía, ¿entiende usted? Mía, porque yo la he criado, yo la he educado, á mí sólo ama... Pues qué, ¿acaso le conoce á usted, acaso le ha visto jamás? ¿En diez años ha tenido usted una vez siquiera la intención de verla? ¿Y ahora, por qué se interpone usted en nuestro camino?...

Con áspera ironía añadió:

—¿Ha olvidado usted tan pronto las ofensas que dice le inferí, esas ofensas que quería usted perdonarme con tanta generosidad? ¿Qué remordimientos puede sentir el hombre que sabe, como usted sabía, que una mujer le engaña y que la arroja lejos de sí, como se arroja lo que sobra, lo que disgusta? ¿Qué interés puede inspirarle la hija de aquella mujer? Se

la deja en el lodo, como me dijo usted en su carta de Marsella... y en el lodo me quedé... pero con mi hija.

—¡Ah!—repuso Francisco con voz aún más baja y con expresión de desaliento.—¡Siempre el mismo odio! ¡Ah! ¡Qué tristeza!... Yo, en cambio, vengo con el corazón lleno de esperanzas, de las esperanzas que leí en el semblante de la niña, que debía ser la calma, el iris de paz en nuestros rencores... Esa niña es mía también... No se atreverá usted á negarlo; y si lo negara, mentiría. No; no lo negará usted. Ante la evidencia hay que rendirse. Y usted me habla como á su enemigo irreconciliable, como á un verdugo... Y yo pregunto: ¿es que un malvado cede, como yo he cedido desde el primer instante, á la voz de la naturaleza, á esa fuerza instintiva que no se discute ni se resiste? ¿Acaso un hombre depravado abre su alma entera como yo he hecho al dulce sentimiento de la paternidad, cuando he visto en ese jardín, retratados en la cara de la hermosa niña, las facciones de mi Julia, de mi hermana?... ¡Oh! No; además, en las circunstancias en que me hallaba y me hallo hubiérame sido muy fácil permanecer indiferente ante el porvenir de la niña, aun sabiendo que era mi hija; creo que debí hacerlo, y aun lo intenté, pero no pude. No, no puedo, Paulina. He aquí lo que quiero decir á usted...

Y añadió:

—¡Bien mísero y fatal fué nuestro amor, es cierto; mutuamente nos hemos herido sin piedad; mucho la hice á usted sufrir, pero he sufrido tanto por usted!... En fin; olvidemos todo; recordemos solamente que ha sido usted una buena madre, y que yo, por mi

parte, estoy dispuesto no á reivindicar mis derechos de padre, sino á cumplir el más rudimentario de los deberes, el de no perder nunca de vista á mi Adela, á mi hija... Si pudo ser una quimera el intentar por mi parte una reconciliación entre nosotros, el deseo que acabo de exponer á usted no lo es, seguramente... Confieso que el extraño encuentro que hemos tenido aquí en Sicilia me ha hecho pensar en destinos providenciales, que nos preparaban un motivo, una base para reconciliarnos, siendo el lazo de unión la inocente criatura... ¡Ah! ¡Y era un lazo tan dulcel Y de ese modo hubiera yo velado en la sombra por la protección de Adela... ¡Es tan encantadora esa niña!... ¡Sí, me ha llegado al alma!...

—¡Sí, sí, todo eso es verdad!—dijo Paulina.

No expresaba ya su voz la ira de momentos antes, sino amarga ironía. Si Francisco hubiera podido leer en el fondo de aquella alma herida el odio natural, irreflexivo, que le inspiraba el matrimonio de Francisco, hubiera tenido la prueba de que por cima de todos los rencores de Paulina, aún flotaba algo de amor hacia él.

—... ¿Pudo usted soñar tamaña monstruosidad? ¿Mi hija entre usted y...?

No pronunció aquel nombre, pero, con trágica actitud y moviendo sus labios como gozando en su venganza, como ahondando un cuchillo en el corazón de su antiguo amante, añadió:

—¡Nunca, lo oye usted bien, nunca! Su hija ha muerto para usted. ¡Nunca volverá usted á ver el vivo retrato de Julia! ¡Si en lo que ha dicho usted ha sido sincero, tanto mejor; así sufrirá usted más! Sí,

hay algo providencial en nuestro encuentro. Dios ha querido que se haga justicia. ¡Sí! Siempre le perseguiré á usted como una sombra del pasado el crimen que cometió con una infeliz mujer que creyó en usted, que le entregó su juventud, sus ilusiones, para que usted las pisotease, para que la abandonase y la infamase después. Usted fué el asesino de mi honra, de mi felicidad, de mi conciencia, de cuanto había en mí de noble y bueno. ¿Y piensa usted todavía ser feliz? ¡Oh! No lo puede usted ser. Hasta ahora fuí yo quien más sufrí, desde hoy le toca á usted sufrir por los dos...

—Calle usted, Paulina... No tiene usted derecho á hablarme así—exclamó Francisco.

Aquella actitud de fingida mártir, tal hipocresía, sublevó á Nayrac; unió á aquello su latente ira de amante engañado y su cariño de padre.

—¡Ah! Veo que es usted la misma, toda orgullo y falsedad; no comprende usted que al rechazarme así, hace usted víctima de su proceder á la niña inocente... No era bastante haberla privado, con sus traiciones para conmigo, de un padre que no hubiese tenido para ella más que abnegación y cariño. Además, ¿si yo no he podido mostrarme á ella hasta ahora y sólo debido á tan casual encuentro, de quién es la culpa?

—De usted—respondió Paulina—de usted sólo... Dice usted que soy la misma, cuando el que no ha cambiado es usted, que aún viene con su infame crueldad á martirizarme, á ultrajarme alegando como pretexto aquellos vergonzosos celos... ¡Y he vivido diez años abismada en mi desesperación y soledad,

marchitando con lágrimas mi juventud, para volver á hallar ante mí la horrible calumnia de otros tiempos! No; es falso... yo no le hice á usted traición... no merecí tal insulto... ¡Míreme usted, si puede, frente á frente; ¿percibe en mis ojos, en mi voz, en mi cara, á la mujer que miente? ¡Ah! la verdad no puede ocultarse. O no hay Dios, ó en mí debe verse la verdad... ¿Qué interés puedo tener mintiendo hoy; la última vez que nos vemos y hablamos, cuando le rechazo á usted, sí, le rechazo?... Pero, nadie puede impedirme que diga la verdad... Nunca le engañé á usted, nunca, ni aun con Querne. Mi amistad con el pobre Vernantes no era culpable. No tuí á su casa con el móvil que usted suponía... ni era yo la mujer que usted vió apearse á su puerta, no; no era...

Repitió y con sombrío y melancólico acento añadió:

—Estoy muy enferma. Acaso mi muerte está muy próxima... acaso antes de un año habré dejado de existir; crea usted que tan cerca de la tumba no hay valor para mentir. ¡Juro á usted que fuí inocente!...

En el acento de la persona que, como Paulina, tan próxima se halla á trasponer la orilla de la misteriosa é insondable región donde nos espera el Juez, á quien no se engaña, hay algo de solemne, de supremo poder, de reflejo de lo eterno é inmutable.

Una vez más Francisco abrumaba á su antigua querida con su desprecio, que él creía justificado; impulsábase su honor herido por aquella mujer, y sin embargo, aparecía ante él la sinceridad de Paulina con evidencia tan aterradora que no encontró palabras con qué replicarla; sentía angustia infinita que no intentó disimular, cuando dijo:

— Si eso es cierto, ¿por qué me dejó usted marchar? ¿Por qué no me contestó usted? ¿Por qué no me llamó? ¿Por qué no me dijo usted todo eso hace nueve años?...

— ¿Acaso podía? — gimió Paulina. — Pronto ha olvidado usted sus diarios ultrajes, sus crueles sospechas y dudas... Pronto ha olvidado usted que me maltrató como á una mujerzuela... ¿Qué valor podía inspirarme su brutal proceder? ¿Y qué, me hubiera usted creído? ¿Aún ahora, me cree usted? ¿Qué pruebas podía yo mostrar? ¿Cómo iba yo á luchar contra la fatalidad que quiso que saliese yo de mi casa, precisamente cuando vió usted á aquella mujer entrar en la casa de un amigo mío de quien usted estaba locamente celoso? ¡Todo por la semejanza de traje y figura!... Sí; sólo esto le bastó á usted para acusarme de infame y vergonzosa traición, para despreciarme, para arrojar á mis pies mi desgraciado amor... Esa desesperación nubló mi alma... Después, cuando me sentí madre y me vi sola, sola para siempre y desamparada, ¿cómo iba á rebajarme llamando á usted? Esa voz de la sangre que decía usted hace un momento, no la hubiese usted oído. Hoy le ha llegado á usted al fondo del alma... ¡Ah! ¡pero ya no es tiempo!... Todo lo ha hollado usted, todo lo ha destrozado usted, todo, todo... Ahora, yo le suplico á usted que se vaya... salga usted. Todo terminó. No puedo soportar su presencia un momento más...

Al pronunciar estas últimas palabras se tiñó su semblante de una palidez mortal. Llevóse las manos al pecho cual si quisiera arrancarse del corazón un puñal cuya aguda punta le desgarraba el alma.

— ¡Qué mal me encuentro! — dijo.

Francisco apenas tuvo tiempo para acercarse á sostenerla. Paulina se desmayó. Las emociones de aquella conversación eran demasiado fuertes para su débil organismo. El joven la cogió en sus brazos para conducirla al lecho. Qué extraña é inexplicable impresión sintió Francisco al oprimir á aquella mujer enferma, cuyo cuerpo en otro tiempo había llevado él tantas veces de igual manera; aquel cuerpo esbelto y estremecido por embriagadora pasión...

Entró con su pesada carga en la alcoba de la enferma, y cuando hallábase ocupado disponiendo convenientemente las almohadas, apartando el lacio cabello de su antigua querida y friccionando sus frías y sudorosas manos y sus sienes huesosas, oyó el leve ruido de una puerta abierta y cerrada con discreción, aquel ruido que tanto pavor causara á Paulina cuando él entró.

También Nayrac se estremeció. ¿Quién sería? Él había visto salir á la niña con las dos criadas, y ante la certeza de hallar sola á Paulina se decidió á dar aquel paso peligroso... Rápida cruzó por su mente la idea de que Enriqueta, preocupada como estaba, había sabido que Francisco subió á ver á aquella mujer y subiría ella también... tanto más cuanto que al dejarla diciéndola que tenía que escribir una carta, le había mirado de un modo...

Pero, no; era Adela que había anticipado su vuelta de paseo á causa del fuerte viento *Sirocco* que cegaba con su cálido polvo. Entró la niña muy gozosa de volver tan pronto junto á su madre; acompañábala Anita; penetró á seguida en la alcoba cuya puerta per-

manecía abierta. Vió á su madre en el lecho y á su cabecera un joven á quien reconoció por haber estado junto á ella en la velada de la antevíspera.

Lanzó un grito la niña llamando á su madre y precipitóse hacia ella cubriéndola de besos apasionados cuyo calor sentía la enferma á través de su desmayo y que la hicieron recobrar nuevas fuerzas. Incorporóse en la cama y cogió á su hija entre sus brazos en un arranque de celosa protección, y aquel despertar de madre fué tan potente, que le dió energía bastante para salvar aquella difícil y dramática situación. Mirando cara á cara á Francisco, cuyas descompuestas facciones expresaban cruel angustia, le dijo para comunicarle la tranquilidad de ánimo necesaria para dominarse y el pretexto que explicase su presencia:

— Doy á usted gracias por haberme ayudado á entrar... A no haber sido por usted, no hubiese podido subir la escalera... Anita, haga usted el favor de acompañar á este caballero...

Y aún tuvo valor bastante para sonreír inclinando su cabeza en señal de gracias y despedida; pero, ¡qué sonrisa, qué agradecimiento y qué despedida!



## VIII

## LA INTUICIÓN DE UNA JOVEN

Cuando Nayrac entró en la habitación de la señora Raffraye se dió perfecta cuenta de la escena culminante y terrible que se preparaba, y hallábase muy lejos de creer que diese por resultado la reconciliación que en su carta pedía.

Se había decidido á dar aquel paso instintivamente sin medir su alcance, como el duelista, que cansado de esperar se adelanta aun á riesgo de clavarse el acero enemigo, como el que siente su espíritu víctima de terrible obsesión y quiere rechazarla, cueste lo que cueste. Sufrió una de esas crisis tremendas en que el alma y hasta el cuerpo mismo experimentan sed insaciable de palabras, especie de asfixia moral que ahoga y mata.

Si bien no dudaba que Adela fuera hija suya, sentía imperiosa necesidad de oírlo de labios de la única persona que podía saberlo y acaso también la necesidad contradictoria de obligar á aquella mujer, cuyo orgullo nunca pudo dominar, á que le confesase sus antiguas traiciones. Y además, ¿quién sabía? Acaso Paulina llegase á impresionarse ante el vehemente